



## DON GUINDO Y PASCUAL CEREZO.

### PASILLO.

PASCUAL. ¡Ay de mí,  
que estoy muy malo!  
Por Jesús, que no estoy bueno;  
tengo el estómago débil,  
tengo muy malo el pescuezo,  
me titubean las piernas  
y se bambolea mi cuerpo;  
la cintura se me arruga  
y se me encogen los huesos...  
De la cama he salido,  
porque dicen que me muero,  
y quiero ver si la muerte  
se me atreve á pié derecho.  
Juro por los seis gigantes  
que en la procesion del Corpus  
salen bailando y brincando,  
con tamboril y pandero,  
que no me puedo mover;  
en una silla me siento,  
¡ni aun sentado puedo estar!...  
¡ay, que me duele el cerebro,  
el estómago y las tripas!...

¡Ay, pobre Pascual Cerezo!  
que discurre que la muerte  
te está royendo los huesos;  
es verdad, por vida mia,  
que muy escurrido me siento,  
que estoy ya desahuciado,  
de Parias, ese gran perro,  
al que en un cubo muy grade  
le encubillara su cuerpo.  
¿De qué te sirve el pulsar  
si no encuentras en Galeno  
para mis penas alivio,  
para mis males remedio?  
¡Ah boticario insolente!  
¿Soy yo pelota de viento,  
para que con tantos botes  
me estés dando tal tormento?  
Dí, sangrador condenado,  
¿soy yo toro, gran camueso,  
para que tantas picadas  
me hayas dado con tu hierro?  
Todos me quitais del mundo;



y de mí, santos del cielo,  
 de este médico libradme,  
 del boticario y barberol...  
 Vaya, vaya, malo estoy,  
 gana de comer no tengo...  
 diez cuarterones de pan,  
 una libra de carnero,  
 cuatro cuartos de tocino,  
 seis camuesas y diez peros  
 es lo que hoy he comido,  
 y aun es menos lo que bebo:  
 siete limetas de vino  
 y de aguardiente diez dedos  
 he bebido solamente,  
 miren qué mantenimiento  
 para un hombre como yo...  
 D. G. ¿Es usted el enfermo?  
 ¿es usted Pascual Cerezo?  
 P. Sí, señor, yo soy.  
 P. G. ¿Y cómo está usted vestido?  
 P. Es bien claro segun veo,  
 que usted no me ha tratado,  
 pues yo nunca anduve en cueros.  
 D. G. ¿Usted me conoce á mí?  
 P. Ni me ocupo en conocerlo.  
 D. G. ¿Sabe usted á lo que vengo?  
 P. Ni me hace falta saberlo.  
 D. G. Es menester que lo sepa;  
 soy el escribano y vengo  
 á formar el inventario...  
 P. Por Jesús que no le entiendo.  
 D. G. Pues se lo diré más claro.  
 Vengo á hacer el testamento.  
 P. ¿El qué?... ¿testamento dijo?  
 Vaya á testar á su abuelo.  
 D. G. Este hombre está delirante.  
 P. Delirante, ni por pienso.  
 D. G. Efectos son de la fiebre.  
 P. Será liebre ó podenco,  
 el galgo, el mastin, el gato,  
 el lobo... y aquí me quedo.  
 D. G. Deténgase en el hablar.  
 P. ¿Cómo tiene que ser eso?  
 ¿en el hablar detenerme  
 cuando de piés no me tengo?  
 D. G. Vaya, caiga de su burra.

P. Demasiado estoy cayendo  
 D. G. No llore porque es vergüenza  
 P. ¿No he de llorar?...  
 Don Guindo, ¿qué me quiere  
 D. G. Amigo, lo que yo quiero  
 es que me participeis  
 las prendas, ropa y dinero  
 para hacer un inventario,  
 y bajo este instrumento  
 se entregue lo que dejeis  
 al que nombreis heredero.  
 P. Creo que donde usted está  
 no falta ninguno de ellos.  
 D. G. ¿Por qué así formais de  
 gran bestia, ese concepto?  
 P. Porque siendo usted escribano  
 todo cabe en el tintero.  
 D. G. Hable mejor ó le envío  
 más que volando al infierno.  
 P. No es mi pluma, amigo mío,  
 la que á nadie daño ha hecho.  
 D. G. Varios hay que con su pluma  
 han volado para el cielo.  
 P. Sí señor, y cuatro han sido,  
 Con ellos San Juan, San [Luis]  
 San Márcos y San Mateo.  
 D. G. Si se ha de hacer inventario  
 avise, y si no me vuelvo.  
 P. Pues usted vuelve la hoja,  
 y el inventario empezemos;  
 siéntese con mil demonios  
 y escriba cual fariseo.  
 (Se sienta.)  
 D. G. Poner quiero la cabeza...  
 P. La cabeza no la dejo  
 ni al padre que me engendró.  
 D. G. Calle usted porque no es...  
 P. Usted ha de poner tan solo  
 lo que le fuere diciendo,  
 que será cosa por cosa.  
 D. G. La cruz pongo y digo pres...  
 P. Ponga usted dos cornucopias  
 mas catorce candeleros  
 y dos espejos muy claros.  
 D. G. Ahora no se pone eso.  
 P. ¿Por qué razon, diga usted?



D. G. Porque se invoca primera  
de Jesús el dulce nombre.

P. Eso todos lo sabemos,  
y para adornar la cruz  
ponga lo que dicho hemos.

D. P. ¿Luego no hay tales alhajas?

P. No lo sé. Mas siga el cuento...  
Ahorra ponga usted una burra  
que tendrá como año y medio,  
piés castaños, vela larga,  
corto el rabo y ojos negros;  
y ponga usted más abajo,  
que murió habrá dos inviernos.

D. G. Pues, hombre, si ya murió  
¿no es necesario ponerlo?

P. Toma, ¿y el refran que dice,  
despues de muerto el burro  
la cebada al rabo?  
Item más, porque me acuerdo,  
ponga un orinal de paja.

D. G. ¿Y tendrá su vidrio dentro?

P. Que lo echó fuera de sí  
hará dos años completo;  
pero la paja está nueva.  
Ponga usted un servicio nuevo.

D. G. Calle, que eso es porqueria.

P. Solo tiene un agujero,  
y como todo se sale  
yo me gobierno en el suelo.  
Siga usted poniendo abajo  
un cuadro que tambien tengo  
en un lienzo muy delgado  
y una Santa Clara en medio.

D. G. ¿Es pintura de valor  
ó de algún pincel muy diestro?

P. No señor, que no hay pintura.

D. G. ¿Cómo lo comprendemos  
que no es pintura y que tiene  
una Santa Clara en medio?

P. Es que tiene un boquete  
por donde yo me clareo.  
Siga usted poniendo ahora  
un San Antonio muy bueno  
que tenia siete cuartas,  
pero ahora tiene dos menos.

D. G. ¿Pues cómo ha disminuido

si es de bulto? No lo entiendo.

P. Porque no tiene cabeza,  
y le falta por el suelo  
como cosa de una cuarta,  
y por eso es mas pequeño.  
Libro tampoco lo tiene,  
y las manos volaverum,  
y el niño se fué á la gloria.  
Item más, porque me acuerdo,  
ponga usted una copa grande.

D. G. ¿De cobre, metal ó hierro?

P. Ni de cobre ni metal,  
es la copa de un sombrero  
que yo le corté las alas  
porque no tomara vuelo.

D. G. Jesús, cuánto disparate!

P. Escaparates no tengo:  
ponga usted una papelera.

D. G. Es de nogal ó de cedro?

P. No, señor, que es solamente  
una bolsa de pellejo,  
donde mis papeles traigo.  
Item más, porque me acuerdo.  
Ponga usted una espada ancha.

D. G. ¿Puede saberse el precio?  
¿Es acaso toledana?

P. Aguarde usted.. ya me acuerdo,  
que tengo solo la vaina.  
Seis cobertores pondremos.

D. G. De qué son decid al punto.

P. ¿De qué han de ser, majadero?  
todos de papel escrito  
por mi pluma y mi tintero  
de cuando estaba en la escuela.  
Item más, porque me acuerdo  
y se me puede olvidar.  
Ponga usted una sala en pelo...

D. G. ¡En pelo! jamás la he visto.

P. Es que no tiene espejos,  
cuadros, láminas ni sillas.  
Ponga usted un reló que tengo.

D. G. ¿En dónde está ese reló?

P. ¿En dónde ha de estar, podenco?  
en la torre de la iglesia,  
y por más señas es nuevo.

D. G. De eso no se hace mencion.



de aquello que fuere vuestro  
acordaos solamente,  
y de lo que está aquí dentro.

P. Pues ponga un escribano  
con su pluma y su tintero.

D. G. Esto ya pasa de burla,  
y os dejo por majadero,  
y el no poderme vengar  
es tan solo lo que siento.

(Hace que se va.)

P. Qué ¿se va usted de ese modo,  
don Guindo, mi amigo y dueño?  
Venga usted, ¡voto á brios!...  
y el testamento acabemos.

D. G. Por oír sus simplezas  
ya desenojado vuelvo  
para hacer lo que me mande.  
¿Qué es lo que falta, Cerezo?

P. Falta el hablar de las mandas,  
de misas y del entierro,  
y nombrar mis albaceas,  
y dar el viento postrero.

D. G. Pues vaya, disponga usted  
á medida del deseo.

P. De todo lo que he testado  
tomará posesion de ello  
el hijo del sacristan  
que le llaman Burro viejo,  
por otro nombre Curiana.  
Este hará un fiel juramento  
de no entregar ningun mueble  
hasta que venga mi abuelo  
que ya no puede tardar,  
pues murió hace año y medio,  
y porque tanto ha tardado  
es regular venga presto.

D. G. Está bien, quedo enterado.

P. Usted aquí no hará más  
que callar é ir escribiendo.

D. G. ¿Cómo dice usted que calle?  
Por vida de...

P. No juremos,

que en la casa que se jura  
anda el diablo muy ligero.

D. G. Mire usted la hora que es

P. Las diez poco más ó menos.

D. G. No es eso lo que digo.

P. Pues lo que yo digo es eso.

D. G. Ea, dejemos las chanzas.

P. Por Dios que no me chanceo  
Sigamos en lo que importá,  
lo primero es lo primero,  
y es que no me enterrarán  
hasta que ya esté bien muerto  
en bóveda no ha de ser,  
en un hueco mucho menos,  
que ha de ser dentro de un pozo  
para mantenerme fresco;  
y con los cinco sentidos,  
y los miembros de mi cuerpo  
junto con las tres potencias,  
pues necesito de ellos.  
Esta es mi voluntad,  
hágase lo que refiero.  
Primeramente mi vista  
es para Juanillo el ciego,  
y le pidó que me cante  
el romance de Oliveros;  
y el oído se lo mando  
al sordo Diego Cornejo,  
que anda con mucha fatiga  
acarreando pellejos,  
con obligacion precisa  
que siempre que oyere un trueno  
de los que suelta la burra,  
le diga muy serio:—¡cuerno!  
Misas no dejo ninguna,  
pues ni vivo las entiendo;  
cera encendida menos,  
porque á oscuras mejor duermo.  
Y pues que me muero solo  
no quiero acompañamiento;  
y con eso Dios os guarde  
los años de mi deseo

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.